

El beso del vampiro

B1-B2

Джулс Хониг

18+

Джулс Хониг

El beso del vampiro

<https://litres.ru/74417222>

SelfPub; 2026

Аннотация

Эмбер Стоун, недавно потерявшая мать, переезжает в тихий городок Мэйплвуд, чтобы начать новую жизнь и учиться в местном университете. Рядом с её домом стоит старинный особняк, в котором живёт загадочный затворник Дэмиен Блэквуд — человек, не стареющий уже сто лет. Их случайная встреча перерастает в глубокое и опасное чувство: Дэмиен оказывается вампиром, вынужденным веками скрывать свою природу от людей. Пока Эмбер учится доверять ему, а он — снова открывать сердце после столетий одиночества, из его прошлого возвращается ревнивая бывшая возлюбленная, а из тени появляются охотники на вампиров, чья единственная цель - уничтожить его. Эмбер предстоит сделать выбор, который навсегда изменит её жизнь: остаться смертной или разделить с Дэмиеном вечность.

А что она выберет, узнаете, прочитав книгу на испанском.
Уровень B1-B2.

Содержание

Capítulo 1: La ciudad nueva	5
Vocabulario	5
Capítulo 2: El vecino extraño	15
Vocabulario	15
Capítulo 3: Primeras impresiones	22
Vocabulario	22
Capítulo 4: El invierno se acerca	28
Vocabulario	28
Capítulo 5: El encuentro peligroso	33
Vocabulario	33
Capítulo 6: Preguntas sin respuesta	40
Vocabulario	40
Capítulo 7: Dentro de la mansión	46
Vocabulario	46
Конец ознакомительного фрагмента.	48

Джулс Хониг

El beso del vampiro

EL BESO DEL VAMPIRO

Capítulo 1: La ciudad nueva

Vocabulario

la mudanza — переезд

el instituto / la universidad — университет

el barrio — район

la mansión — особняк

solitario/a — одинокий

el dolor — боль

el recuerdo — воспоминание

desconocido/a — незнакомый

la niebla — туман

instalarse — обустроиться

el vecino — сосед

oscuro/a — тёмный

extrañar — скучать

el silencio — тишина

acomodarse — освоиться

Amber Stone bajó del autobús con dos maletas grandes y una caja llena de libros. El aire de Maplewood olía a hojas mojadas y a madera vieja, un olor que le recordaba inmediatamente al otoño de su infancia, cuando su madre todavía vivía y las cosas parecían simples. Era un pueblo pequeño de Vermont, rodeado de bosques

oscuros y colinas que se perdían entre la niebla. Amber había llegado allí después de la muerte de su madre, buscando un lugar nuevo donde empezar de nuevo, lejos de las calles de su antigua ciudad, donde cada esquina le recordaba algo que ya no podía recuperar.

No conocía a nadie en la ciudad, pero eso, en cierto modo, la tranquilizaba. Necesitaba silencio. Necesitaba distancia. Durante los últimos meses, había sentido que cada persona que la miraba con compasión le recordaba su pérdida, y estaba cansada de las palabras amables que no cambiaban nada. Maplewood le ofrecía la posibilidad de ser simplemente una estudiante nueva, sin una historia triste pegada a su nombre.

La universidad de Maplewood le había ofrecido una beca completa para estudiar literatura, y aunque al principio dudó, pensando que quizás debía quedarse cerca de los lugares que conocía, al final decidió aceptar. Su tía Rachel, la única familia que le quedaba, la había ayudado a encontrar un apartamento pequeño cerca del campus, después de varias llamadas telefónicas y de revisar anuncios en internet durante semanas.

—Vas a estar bien, cariño —le había dicho Rachel la última vez que hablaron por teléfono—. Un lugar nuevo te hará bien. Y siempre puedes llamarme, a cualquier hora.

—Lo sé, tía. Gracias por todo lo que has hecho.

—No tienes que agradecerme nada. Solo prométeme que cuidarás de ti misma.

—Te lo prometo.

El edificio donde viviría era antiguo, con paredes de piedra y ventanas altas, pero tenía un encanto especial que a Amber le gustó desde el primer momento. Subió las escaleras despacio, cargando sus maletas, mientras observaba los detalles del lugar: los pasamanos de madera oscura, las lámparas antiguas colgadas del techo, el suelo de baldosas desgastadas por el paso de los años. Todo en aquel edificio parecía contar una historia silenciosa, y eso, curiosamente, la reconfortaba.

Mientras subía las escaleras con sus maletas, notó algo curioso: justo al lado de su edificio se alzaba una mansión enorme, rodeada de un jardín descuidado y una verja de hierro oxidado. Las ventanas estaban cerradas con cortinas negras, y no se veía ninguna luz encendida, ni siquiera de noche. Amber se detuvo un momento a observarla, sintiendo una curiosidad inmediata que no supo explicar.

“Qué lugar tan extraño”, pensó. “Parece que nadie vive ahí.”

Sin embargo, cuando llegó a su apartamento y miró por la ventana, le pareció ver una sombra moviéndose detrás de una de las cortinas de la mansión. Se dijo a sí misma que probablemente era su imaginación, cansada después de un viaje tan largo. Cerró las cortinas de su propia habitación y comenzó a desempacar sus cosas, colocando cuidadosamente sus libros en una pequeña estantería que había comprado de segunda mano.

El apartamento era pequeño, pero suficiente para ella: una habitación con una cama individual, un escritorio junto a

la ventana, una cocina compacta y un baño con azulejos antiguos que, sin duda, llevaban décadas en aquel mismo lugar. Amber decoró las paredes con algunas fotografías de su madre, colocándolas cerca de su cama, donde pudiera verlas cada noche antes de dormir.

Los primeros días en Maplewood fueron tranquilos, aunque también llenos de pequeños desafíos. Amber tuvo que aprender a orientarse por las calles del pueblo, descubrir dónde estaba el supermercado más cercano, encontrar la cafetería donde podría estudiar tranquilamente y memorizar el horario de los autobuses que la llevaban hasta el campus universitario.

Fue precisamente en su segundo día de clases cuando conoció a Sarah, una chica alegre y curiosa que estudiaba biología y que se sentó a su lado en la clase de introducción a la literatura, una materia que Sarah tomaba como electiva.

—Hola, no te había visto antes por aquí —dijo Sarah, sonriendo ampliamente—. ¿Eres nueva?

—Sí, acabo de mudarme hace unos días —respondió Amber, sintiéndose un poco tímida ante tanta simpatía repentina.

—Bienvenida a Maplewood. Yo soy Sarah, por cierto. Nací en este pueblo, así que si necesitas ayuda con algo, no dudes en preguntarme.

—Gracias, Sarah. Yo soy Amber.

—Amber, qué nombre tan bonito. ¿De dónde vienes?

—De Boston, originalmente. Vine aquí por la beca de literatura.

—¡Qué bien! A mí la literatura me da un poco de miedo, para ser sincera. Prefiero mil veces la biología.

Amber sonrió, sintiendo que aquella conversación casual la ayudaba a relajarse un poco. Durante las semanas siguientes, Sarah se convirtió rápidamente en su primera amiga en la ciudad, mostrándole los rincones más interesantes del pueblo: la pequeña librería junto a la plaza central, el café donde servían el mejor chocolate caliente de la región, y el parque donde los estudiantes solían reunirse los fines de semana.

—Tienes que conocer el bosque que rodea el pueblo —le dijo Sarah un día, mientras caminaban juntas después de clase—. Es hermoso en esta época del año, con todos los colores del otoño.

—Me encantaría verlo. Me gusta mucho caminar y pensar.

—Solo ten cuidado de no perderte. Algunas partes del bosque son bastante densas, y las historias que cuentan los viejos del pueblo sobre esa zona no son precisamente tranquilizadoras.

—¿Qué tipo de historias?

Sarah bajó un poco la voz, como si estuviera a punto de contar un secreto importante.

—Bueno, se dice que hay algo extraño en esos bosques desde hace generaciones. Desapariciones, sonidos raros por la noche, ese tipo de cosas. Probablemente son solo leyendas para asustar a los niños, pero la gente mayor del pueblo todavía las toma en serio.

—Eso suena fascinante, en realidad. Me gustan las historias misteriosas.

—Ya lo veo. Tienes esa mirada de curiosidad peligrosa.

Ambas rieron, y Amber sintió que, poco a poco, comenzaba a sentirse parte de aquel lugar nuevo. Sin embargo, cada noche, al volver a su apartamento, no podía evitar mirar hacia la mansión vecina, preguntándose quién viviría allí y por qué la casa parecía completamente abandonada, aunque algo en su interior le decía que definitivamente no lo estaba.

Una tarde, mientras caminaban juntas de vuelta a casa después de clase, Amber decidió preguntarle a Sarah sobre la mansión que estaba junto a su edificio.

—Oye, Sarah, ¿sabes quién vive en esa casa grande, la que tiene el jardín todo abandonado?

—Ah, esa casa —respondió Sarah, bajando un poco la voz—. Es la mansión Blackwood. Lleva ahí desde hace más de cien años.

—¿Y quién vive ahí ahora?

—Se dice que un hombre vive solo. Nadie lo ha visto casi nunca. Sale muy poco, y siempre de noche.

—Qué raro. ¿Y nadie sabe nada más de él?

—La gente cuenta muchas historias, pero yo creo que son solo leyendas del pueblo. Ya sabes cómo son estos lugares pequeños. Todo el mundo necesita un misterio del que hablar.

—¿Y tú nunca has sentido curiosidad por saber más?

—Sinceramente, mi abuela siempre me decía que me mantuviera alejada de esa casa. Y crecí escuchando esa advertencia tantas veces que ya ni siquiera la cuestiono.

Amber sonrió, pero en el fondo sintió que su curiosidad crecía más con cada palabra que escuchaba. Había algo en esa casa silenciosa que despertaba su imaginación, algo que le resultaba imposible ignorar. Esa noche, antes de dormir, volvió a mirar por la ventana. La mansión seguía a oscuras, como siempre, pero por un instante creyó distinguir una figura alta, de pie, junto a una de las ventanas del segundo piso. Parpadeó, y la figura ya no estaba.

“Definitivamente necesito dormir más”, pensó, cerrando finalmente las cortinas.

Los días pasaron y Amber se fue acostumbrando poco a poco a su nueva vida. Le gustaba caminar por las calles empedradas del centro, visitar la pequeña librería junto a la plaza y sentarse en el parque a leer mientras el otoño pintaba de rojo y naranja los árboles. Comenzó a asistir regularmente a sus clases, disfrutando especialmente de las discusiones sobre literatura gótica, un tema que, sin saberlo todavía, resultaría extrañamente relevante para su propia vida.

Su profesora de literatura, la doctora Emerson, una mujer de mediana edad con gafas gruesas y una pasión evidente por su materia, solía comentar en clase que Maplewood tenía una historia particularmente rica en cuanto a leyendas locales.

—Este pueblo ha inspirado más de un escritor a lo largo de los años —comentó la doctora Emerson durante una de sus clases—. Hay algo en el ambiente de Maplewood que parece atraer historias de misterio y de lo sobrenatural.

—¿Por qué cree que es así, profesora? —preguntó uno de los

estudiantes.

—No estoy segura. Quizás sea la niebla constante, o los bosques tan densos que rodean el pueblo. O quizás sea simplemente que aquí la gente tiene una imaginación particularmente activa.

Amber tomó nota mental de aquel comentario, sintiendo que, de alguna manera, aquellas palabras conectaban con la sensación extraña que había experimentado desde su llegada al pueblo. Sin embargo, cada noche, al volver a su apartamento, sentía una extraña atracción hacia la mansión vecina, algo que no podía explicar completamente con palabras.

Una tarde, mientras regresaba de la biblioteca, decidió acercarse un poco más a la verja de hierro que rodeaba la mansión Blackwood. El jardín estaba lleno de plantas secas y estatuas cubiertas de musgo, algunas de ellas tan desgastadas por el tiempo que apenas se podían distinguir sus formas originales. Se detuvo frente a la puerta principal, una puerta enorme de madera oscura con adornos metálicos en forma de flores, y por un momento pensó en tocar el timbre.

Pero se contuvo. No sabía qué le diría a un desconocido si alguien abría la puerta, y además, sentía que aquella acción sería demasiado atrevida para alguien que apenas llevaba unas semanas en el pueblo.

Justo cuando se disponía a marcharse, escuchó una voz grave detrás de ella.

—No deberías estar aquí sola, tan cerca de la oscuridad.

Amber se dio la vuelta, sorprendida. Un hombre alto, de cabello oscuro y ojos de un azul intenso, la observaba desde la entrada del jardín. Vestía un abrigo negro largo, elegante, casi anticuado, y su presencia parecía imponerse sobre todo lo que la rodeaba, como si el resto del mundo se hubiera desvanecido momentáneamente. Su piel era muy pálida, casi blanca, y su mirada tenía algo que Amber no supo describir: una mezcla de tristeza y misterio que la dejó momentáneamente sin palabras.

—Perdón, no quería molestar —dijo ella finalmente, dando un paso atrás—. Solo sentía curiosidad por esta casa.

—La curiosidad puede ser peligrosa —respondió él con una media sonrisa—. Pero entiendo. Esta casa despierta preguntas, incluso entre quienes prefieren no hacerlas en voz alta.

—¿Vive usted aquí?

—Sí. Vivo aquí desde hace mucho tiempo.

Amber sintió un escalofrío recorrer su espalda, aunque no supo si era de miedo o de fascinación. El hombre se acercó un poco más, y ella notó que sus movimientos eran extrañamente elegantes, casi silenciosos, como si sus pies apenas tocaran el suelo.

—Me llamo Amber —dijo finalmente, tratando de sonar tranquila, a pesar de que su corazón latía con fuerza.

—Yo soy Damien —respondió él—. Damien Blackwood.

El nombre resonó en la mente de Amber. Blackwood, como la mansión. Antes de que pudiera decir nada más, Damien hizo una leve reverencia, un gesto casi anticuado que combinaba

perfectamente con su ropa y con la atmósfera de la mansión.

—Deberías volver a casa, Amber. Ya está oscureciendo, y el bosque puede ser un lugar impredecible durante la noche.

Sin esperar respuesta, caminó de vuelta hacia la mansión y desapareció entre las sombras del jardín, dejando a Amber inmóvil, sintiendo que su corazón latía con una fuerza que jamás había experimentado antes. Aquel encuentro breve había despertado en ella una curiosidad que no podía explicar, una mezcla de miedo y atracción que la acompañaría durante mucho tiempo, mucho más allá de aquella tarde de otoño.

Esa noche, mientras se preparaba para dormir, no pudo dejar de pensar en los ojos de Damien. Había algo en ellos, algo antiguo y profundo, que la había atrapado por completo, algo que le recordaba a las historias de misterio que tanto le gustaba leer, pero que ahora sentía a solo unos metros de su propia ventana. Se prometió a sí misma que descubriría más sobre aquel hombre misterioso, sin imaginar que ese deseo cambiaría su vida para siempre.

Cuando finalmente cerró los ojos, la última imagen que cruzó su mente fue la de aquel abrigo negro desapareciendo entre las sombras del jardín, y una pregunta que se repetía una y otra vez en su cabeza: ¿quién era realmente Damien Blackwood, y por qué sentía que su vida en Maplewood ya no volvería a ser la misma después de haberlo conocido?

Capítulo 2: El vecino extraño

Vocabulario

el atardecer — закат

observar — наблюдать

la sombra — тень

el misterio — тайна

evitar — избегать

la curiosidad — любопытство

el rumor — слух

desaparecer — исчезать

la reunión — встреча

el comportamiento — поведение

sospechar — подозревать

acercarse — приближаться

la costumbre — привычка

pálido/a — бледный

el encuentro — встреча

Después de aquel primer encuentro con Damien, Amber no pudo dejar de pensar en él. Durante los días siguientes, se descubría a sí misma mirando hacia la mansión Blackwood cada vez que pasaba cerca, buscando alguna señal de vida, alguna luz encendida o alguna sombra detrás de las ventanas. Sin

embargo, la casa permanecía tan silenciosa como siempre, como si guardara un secreto profundo que nadie podía descubrir con facilidad.

En clase, Amber intentó concentrarse en sus estudios, pero su mente volvía una y otra vez a aquellos ojos azules que la habían mirado con tanta intensidad. Durante una clase sobre poesía romántica, la doctora Emerson le preguntó directamente su opinión sobre un poema, y Amber tardó varios segundos en darse cuenta de que le estaban hablando, sumida como estaba en sus propios pensamientos.

—Amber, ¿estás con nosotros hoy? —preguntó la profesora, con una sonrisa comprensiva.

—Perdón, profesora. Me distraje un momento.

—No pasa nada. Solo asegúrate de prestar atención, este poema será importante para el examen.

Sarah notó su distracción y, un día, durante el almuerzo en la cafetería del campus, decidió preguntarle directamente qué le sucedía.

—Amber, llevas días con la cabeza en las nubes. ¿Qué te pasa?

—Nada, solo estoy cansada, supongo —respondió ella, evitando mirarla a los ojos mientras jugaba distraídamente con su comida.

—No te creo. Te conozco desde hace solo unas semanas, pero puedo notar cuando algo te preocupa. ¿Es por algún chico?

Amber sintió que se sonrojaba y decidió contarle la verdad, o

al menos parte de ella.

—Conocí a un vecino hace unos días. El hombre que vive en la mansión Blackwood.

—¿Qué? —exclamó Sarah, dejando caer el tenedor sobre la mesa con un ruido metálico—. ¿Hablaste con él? ¿En serio?

—Sí, brevemente. Se llama Damien.

—Amber, en este pueblo nadie ha hablado con ese hombre en años, quizás en décadas. La gente dice que es muy reservado, que nunca sale durante el día y que evita a todo el mundo. Mi propio padre lo mencionó una vez, y me contó que cuando él era joven, ya se hablaba de ese hombre como alguien misterioso.

—Pues a mí me pareció educado. Un poco misterioso, definitivamente, pero educado y hasta amable, a su manera.

—Ten cuidado, por favor. Hay rumores extraños sobre esa familia. Se dice que llevan generaciones viviendo ahí, pero que nunca envejecen, o que envejecen muy lentamente comparado con el resto de la gente.

Amber se rió, pensando que era una exageración típica de un pueblo pequeño, pero Sarah mantuvo una expresión seria, casi preocupada.

—Lo digo en serio, Amber. Mi abuela solía contar historias sobre los Blackwood cuando yo era pequeña. Decía que había algo extraño en esa familia, algo que no era normal, y que era mejor mantenerse alejado de esa casa.

—Seguramente son solo leyendas del pueblo, como tú misma dijiste el otro día sobre el bosque.

—Tal vez. Pero prométeme que tendrás cuidado, por favor. No quiero que te pase nada.

Amber prometió tener cuidado, aunque en su interior sentía que la advertencia de Sarah solo aumentaba su curiosidad. Aquella tarde, después de clase, decidió dar un paseo por el bosque que rodeaba el pueblo. Necesitaba pensar, alejarse un poco del ruido de sus propios pensamientos y de las advertencias constantes que parecía recibir sobre Damien.

El bosque de Maplewood era hermoso en otoño, con árboles de colores intensos, rojos, naranjas y dorados, y un aire fresco que olía a tierra húmeda y a hojas caídas. Amber caminó durante un rato, disfrutando de la tranquilidad, escuchando el crujido de las hojas bajo sus pies y el canto lejano de algunos pájaros que todavía no habían migrado hacia climas más cálidos.

Se sentó un rato sobre un tronco caído, sacando de su mochila un pequeño cuaderno donde solía escribir sus pensamientos. Comenzó a escribir sobre Damien, sobre la sensación extraña que la invadía cada vez que pensaba en él, sin darse cuenta de que el cielo comenzaba a oscurecerse antes de lo esperado. Miró su reloj y se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo, algo que le sucedía con frecuencia cuando se dejaba llevar por sus propios pensamientos.

Cuando decidió regresar, notó que el camino se veía diferente en la oscuridad. Los árboles parecían más altos, más amenazantes, y el silencio del bosque se había vuelto pesado, casi opresivo. Apretó el paso, sintiendo que su corazón latía cada vez

más rápido, mientras intentaba recordar exactamente por dónde había entrado al bosque.

De repente, escuchó un ruido entre los arbustos, como pasos rápidos acercándose. Amber se detuvo, asustada, y miró a su alrededor, pero no vio nada. El ruido se detuvo también, como si quien lo hacía supiera que ella lo había escuchado, algo que le pareció aún más aterrador que si el ruido hubiera continuado.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con voz temblorosa, apretando su cuaderno contra el pecho como si eso pudiera protegerla de alguna manera.

Nadie respondió. Amber decidió seguir caminando, más rápido esta vez, tratando de encontrar el camino de vuelta al pueblo, cuyas luces apenas se distinguían entre los árboles. Los ruidos continuaron, cada vez más cerca, y ella comenzó a correr, presa del pánico, sintiendo que las ramas le arañaban los brazos mientras avanzaba a ciegas entre la vegetación.

Justo cuando pensaba que no podría más, sintiendo que sus piernas comenzaban a fallarle, una mano fuerte la sujetó del brazo, deteniéndola en seco.

—No corras. Vas a lastimarte.

Era Damien. Amber, todavía asustada, tardó unos segundos en reconocerlo en la oscuridad, su respiración entrecortada y su corazón latiendo desbocado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, tratando de recuperar el aliento, apoyando una mano sobre su pecho.

—Te vi entrar al bosque hace un rato y no regresabas. Me

preocupé, así que decidí venir a buscarte.

—Había algo siguiéndome, estoy segura. Podía escuchar los pasos, cada vez más cerca.

—Lo sé. Era un lobo. Ya se ha ido, no te preocupes.

Amber lo miró, sorprendida. ¿Cómo podía saber Damien algo así con tanta seguridad, en medio de la oscuridad total del bosque? Pero antes de que pudiera preguntar, él comenzó a caminar, guiándola de vuelta hacia el pueblo con pasos seguros, como si conociera cada rincón del bosque a la perfección, incluso en la más completa oscuridad.

—Gracias por ayudarme —dijo Amber finalmente, cuando llegaron a la salida del bosque y pudo ver las luces familiares de las calles de Maplewood.

—No deberías caminar sola por aquí después del atardecer. El bosque puede ser peligroso, especialmente para alguien que todavía no conoce bien la zona.

—Lo tendré en cuenta, te lo prometo.

Damien la observó un momento, con una expresión difícil de descifrar bajo la luz tenue de las farolas cercanas. Parecía querer decir algo más, pero se contuvo, como si estuviera librando una batalla interna sobre cuánto debía revelar.

—Buenas noches, Amber.

—Buenas noches, Damien. Y gracias, otra vez, por aparecer cuando más lo necesitaba.

Él asintió y desapareció en dirección a la mansión, dejando a Amber con más preguntas que respuestas. ¿Cómo sabía que

era un lobo lo que la seguía? ¿Por qué siempre aparecía en el momento justo, como si pudiera sentir cuando ella estaba en peligro? Aquella noche, mientras caminaba de vuelta a su apartamento, decidió que necesitaba descubrir la verdad sobre Damien Blackwood, sin importar lo que Sarah y el resto del pueblo dijeran sobre él.

Al llegar a su apartamento, se sentó junto a la ventana, observando la mansión silenciosa una vez más. Sacó su cuaderno y comenzó a anotar todo lo que sabía hasta ahora: la fuerza inexplicable de Damien, su capacidad de aparecer siempre en el momento adecuado, su conocimiento perfecto del bosque incluso de noche, y aquella palidez extrema que contrastaba tanto con la vitalidad de sus ojos azules.

“Hay algo que no encaja”, escribió finalmente, antes de cerrar el cuaderno y prepararse para dormir, sintiendo que cada día que pasaba en Maplewood la acercaba más a un misterio que apenas comenzaba a vislumbrar.

Capítulo 3: Primeras impresiones

Vocabulario

el compañero de clase — одноклассник

la biblioteca municipal — городская библиотека

el rincón — уголок

acogedor/a — уютный

la costumbre local — местный обычай

el festival — фестиваль

la tradición — традиция

participar — участвовать

el ambiente — атмосфера

curioso/a — любопытный

la conversación — разговор

el paseo — прогулка

el otoño — осень

la hoja — лист

pertenecer — принадлежать

A medida que pasaban las semanas, Amber comenzó a sentir que Maplewood se convertía poco a poco en un lugar familiar, aunque nunca dejaba de sentir esa curiosidad persistente hacia la mansión Blackwood y su misterioso habitante. La universidad le ofrecía una rutina reconfortante: clases por las mañanas, tiempo

de estudio en la biblioteca por las tardes, y ocasionalmente algún paseo por el pueblo antes de que oscureciera completamente.

Sarah se convirtió en su guía principal para entender las costumbres locales. Una tarde, mientras caminaban juntas hacia la plaza central, Sarah le contó sobre el festival de otoño que se celebraba cada año en Maplewood, una tradición que se remontaba, según decían los habitantes más ancianos, a más de cien años atrás.

—Es mi celebración favorita del año —explicó Sarah, con los ojos brillantes de entusiasmo—. Toda la plaza se llena de puestos con comida, hay música en vivo, y al final de la noche encienden una gran hoguera. Es realmente mágico.

—Suenan maravilloso. ¿Cuándo es exactamente?

—La próxima semana, el sábado. Deberías venir conmigo. Te presentaré a más gente del pueblo.

—Me encantaría, Sarah. Gracias por invitarme.

Durante aquellos días, Amber también conoció a otros estudiantes de su clase de literatura. Uno de ellos, un chico llamado Tom, se acercó a ella después de una discusión particularmente animada sobre una novela gótica que estaban estudiando.

—Tienes ideas muy interesantes sobre el simbolismo en esta novela —le comentó Tom, sosteniendo su propio ejemplar del libro, lleno de anotaciones en los márgenes—. ¿Has leído mucho sobre literatura gótica antes?

—Un poco. Siempre me ha fascinado el género, desde que era

pequeña. Mi madre solía leerme historias de fantasmas antes de dormir.

—Qué interesante. En este pueblo encontrarás mucho material de inspiración, entonces. Maplewood tiene una atmósfera perfecta para ese tipo de historias.

—Eso mismo pensé cuando llegué aquí.

Tom resultó ser un compañero agradable, siempre dispuesto a compartir apuntes de clase y a discutir teorías literarias durante horas. Sin embargo, ninguno de sus nuevos amigos parecía tener información adicional sobre la familia Blackwood, más allá de los mismos rumores vagos que Sarah ya le había contado.

Una tarde lluviosa, Amber decidió refugiarse en la pequeña librería del centro del pueblo, un lugar acogedor con estanterías desbordantes de libros usados y un aroma característico a papel envejecido. El dueño, un hombre mayor llamado señor Whitfield, la recibió con una sonrisa amable mientras ella se protegía de la lluvia bajo el marco de la puerta.

—Bienvenida, jovencita. Afuera está diluviando, ¿verdad?

—Sí, no esperaba que lloviera tanto hoy.

—Bueno, mientras esperas a que pare, puedes echar un vistazo. Tenemos una sección completa dedicada a la historia local, por si te interesa.

Amber sonrió, sintiendo que aquella sugerencia era justo lo que necesitaba. Se dirigió hacia la sección indicada y comenzó a hojear algunos libros sobre la historia de Maplewood, encontrando menciones ocasionales a familias fundadoras del

pueblo, entre ellas, brevemente, a los Blackwood.

—Veo que te interesa la historia de nuestro pueblo —comentó el señor Whitfield, acercándose con una taza de té humeante que le ofreció amablemente.

—Sí, especialmente todo lo relacionado con las familias más antiguas. Es fascinante.

—Ah, entonces quizás te interese saber que mi propio abuelo trabajó una vez para la familia Blackwood, hace muchísimos años. Como jardinero, si mal no recuerdo las historias que me contaba.

—¿En serio? ¿Y qué decía sobre ellos?

El señor Whitfield se sentó en una silla cercana, ajustándose las gafas mientras recordaba viejas historias familiares.

—Decía que eran gente reservada, pero justa. Pagaban bien y trataban a los empleados con respeto, algo poco común para la época. Sin embargo, también mencionaba que nunca los vio comer durante el día, y que las luces de la mansión siempre estaban encendidas de noche, nunca durante las horas de sol.

—Qué curioso.

—La gente del pueblo siempre ha tenido teorías sobre esa familia. Pero mi abuelo siempre decía que, más allá de las rarezas, eran buenas personas, a su manera. Decía que había cierta tristeza en ellos, como si cargaran con un peso que el resto de nosotros no podíamos entender.

Aquellas palabras resonaron profundamente en Amber, conectando con la sensación de melancolía que había percibido

en la mirada de Damien durante su breve encuentro. Agradeció al señor Whitfield por compartir aquella historia y decidió comprar un pequeño libro sobre la historia general del pueblo, esperando encontrar más pistas entre sus páginas.

Cuando finalmente dejó de llover, Amber caminó de regreso a su apartamento, sintiendo que cada pequeño fragmento de información que reunía sobre la familia Blackwood solo aumentaba su determinación de descubrir la verdad completa. Pasó cerca de la mansión, como ya se había convertido en costumbre, pero esta vez, en lugar de simplemente observar desde la distancia, se detuvo un momento más largo, contemplando la estructura imponente entre la niebla que comenzaba a formarse con la caída de la tarde.

El sábado del festival llegó rápidamente. Amber se vistió con un suéter grueso de color mostaza, preparándose para el frío de la noche, y se reunió con Sarah en la plaza central, que ya estaba decorada con calabazas talladas, guirnaldas de hojas secas y pequeñas luces que colgaban entre los árboles.

—¡Ya llegaste! —exclamó Sarah, abrazándola con entusiasmo—. Ven, quiero presentarte a algunos amigos.

Sarah la guió entre la multitud, presentándola a varios estudiantes y algunos residentes mayores del pueblo, todos ellos amables y curiosos por conocer a la nueva estudiante de literatura. Amber probó sidra caliente, pastel de calabaza, y disfrutó de la música que un grupo local tocaba en un pequeño escenario improvisado.

Sin embargo, mientras la noche avanzaba y la hoguera central comenzaba a encenderse, iluminando los rostros felices de los asistentes, Amber no pudo evitar mirar hacia la dirección donde sabía que se encontraba la mansión Blackwood, preguntándose si Damien alguna vez había asistido a aquellas celebraciones, o si su naturaleza, fuera cual fuera, se lo impedía completamente.

—¿En qué piensas? —preguntó Sarah, notando su expresión distraída.

—En nada importante. Solo disfrutando de la noche.

—Me alegra que estés aquí, Amber. Siento que encajas perfectamente en este pueblo, aunque solo lleves unas semanas viviendo aquí.

—Gracias, Sarah. Yo también siento que este lugar se está convirtiendo en mi hogar.

Aquella noche, mientras caminaba de regreso a su apartamento después del festival, con el sonido lejano de la música todavía resonando en sus oídos, Amber sintió que, a pesar de todos los misterios que rodeaban su nueva vida en Maplewood, había encontrado un lugar donde realmente podía pertenecer. Sin embargo, la sombra de la mansión Blackwood, silenciosa como siempre bajo la luz de la luna, le recordó que todavía quedaban muchas preguntas por responder, y que su curiosidad hacia Damien apenas comenzaba a manifestarse en toda su intensidad.

Capítulo 4: El invierno se acerca

Vocabulario

el invierno — зима

la nieve — снег

abrigarse — тепло одеваться

la temporada — сезон

el frío — холод

helado/a — ледяной

la manta — одеяло

acurrucarse — прижиматься, кутаться

el examen — экзамен

aprobar — сдать (экзамен)

la calificación — оценка

distraído/a — рассеянный

el receso — перерыв, каникулы

compartir apuntes — делиться конспектами

la rutina — распорядок

Las primeras nevadas llegaron a Maplewood antes de lo esperado, cubriendo los tejados y las calles empedradas con una capa fina de blanco que transformaba completamente el paisaje del pueblo. Amber se despertó una mañana y descubrió, asombrada, que el mundo al otro lado de su ventana se había

convertido en un escenario digno de una postal navideña, algo que nunca había visto con tanta intensidad en su ciudad natal.

—Nunca había visto nevar tan temprano en el año —le comentó a Sarah, mientras caminaban juntas hacia la universidad, sus botas dejando huellas frescas sobre la nieve todavía intacta de la acera.

—En Maplewood el invierno llega pronto y se queda mucho tiempo —respondió Sarah, ajustándose la bufanda alrededor del cuello—. Prepárate, porque para diciembre esto va a ser mucho peor, con nevadas que a veces cierran las carreteras durante días enteros.

Amber sonrió, sintiendo que aquella advertencia, lejos de asustarla, la llenaba de una extraña emoción. Había algo mágico en la idea de un invierno auténtico, de esos que solo había leído en las novelas que tanto le gustaban, con chimeneas encendidas y tazas de chocolate caliente compartidas junto a la ventana mientras la nieve caía silenciosamente afuera.

Con la llegada del frío, también llegó la temporada de exámenes finales del semestre, y Amber se encontró pasando largas horas en la biblioteca, rodeada de apuntes y libros de texto, tratando de concentrarse en sus estudios a pesar de que su mente insistía en desviarse constantemente hacia Damien y hacia todo lo que había descubierto sobre él en las últimas semanas.

—Amber, llevas media hora mirando la misma página sin pasarla —le señaló Tom, sentado frente a ella en una de las mesas más apartadas de la biblioteca, con una sonrisa comprensiva—.

¿Todo bien?

—Perdón, es que estoy un poco distraída últimamente. Demasiadas cosas en la cabeza, supongo.

—Bueno, si necesitas ayuda con el examen de la doctora Emerson, puedo compartirme mis apuntes. Los tengo bastante completos, si te sirven de algo.

—Te lo agradecería muchísimo, Tom. Gracias por ofrecerte.

Amber apreciaba genuinamente la amistad de Tom y Sarah, que se habían convertido en un ancla estable en medio de la tormenta de revelaciones extraordinarias que su vida había tomado desde su llegada a Maplewood. Aquella noche, después de estudiar durante horas, decidió caminar hasta la mansión Blackwood, necesitando la calma que solo la presencia de Damien parecía poder ofrecerle en aquellos días de tensión académica.

—Pareces agotada —comentó Damien, al abrirle la puerta y notar las ojeras bajo sus ojos, un signo evidente de las largas noches de estudio que había estado acumulando.

—Los exámenes finales me tienen completamente exhausta. Nunca pensé que extrañaría tanto tener tiempo libre simplemente para pensar en otra cosa.

—Ven, siéntate junto al fuego. Puedo prepararte un té, aunque yo mismo no vaya a acompañarte a beberlo.

Amber rió suavemente, aceptando la oferta con gratitud, sintiendo que la calidez de la chimenea y la compañía silenciosa de Damien lograban disolver, aunque fuera temporalmente, toda

la tensión acumulada durante la semana. Se sentaron juntos, ella con las piernas recogidas bajo una manta gruesa que Damien había encontrado en algún armario de la mansión, disfrutando de un silencio cómodo que ya se había convertido en parte esencial de su relación.

—¿Cómo pasabas tú los inviernos, hace siglos? —preguntó Amber, curiosa como siempre por los detalles de la vida pasada de Damien.

—Los inviernos eran mucho más duros en aquella época, sin la calefacción moderna que ahora damos por sentada. Recuerdo inviernos en los que la nieve llegaba hasta las ventanas del primer piso, y la única manera de mantenerse caliente era mediante fuegos que había que alimentar constantemente durante toda la noche.

—¿Y tú sentías el frío, siendo vampiro?

—De una manera diferente a los humanos, pero sí, lo siento. Nuestra piel es más resistente, pero el frío extremo todavía resulta incómodo, aunque nunca peligroso como lo sería para un humano expuesto durante horas.

Amber se acurrucó un poco más contra Damien, disfrutando de aquella cercanía que nunca dejaba de sorprenderla, considerando lo diferente que era su naturaleza de la suya propia. Pasaron el resto de la noche conversando sobre trivialidades cotidianas, sobre los exámenes de Amber, sobre pequeñas anécdotas del pueblo que Damien había presenciado a lo largo de las décadas, disfrutando simplemente de la compañía mutua

sin necesidad de abordar temas más pesados sobre vampiros, cazadores o amenazas inminentes.

Cuando finalmente llegó el momento de los exámenes finales, Amber se sorprendió a sí misma aprobando todas sus materias con calificaciones excelentes, a pesar de todas las distracciones que había enfrentado durante el semestre. La doctora Emerson, felicitándola personalmente después de revisar su examen final sobre literatura gótica, le comentó que su análisis mostraba una comprensión inusualmente profunda del género, casi como si escribiera desde una experiencia personal con lo sobrenatural.

—Tienes un talento natural para comprender estas historias, Amber —le dijo la profesora, sin sospechar cuánta verdad había detrás de aquel comentario aparentemente inocente—. Espero verte en mis clases avanzadas el próximo semestre.

Amber sonrió, agradeciendo el cumplido, sintiendo una punzada de ironía al pensar en cuánto se habían entrelazado su vida académica y su vida secreta junto a Damien durante aquellos meses. Mientras caminaba de regreso a su apartamento aquella tarde, con el receso de invierno finalmente comenzando, sintió que Maplewood, con toda su nieve y su misterio, se había convertido verdaderamente en su hogar, un hogar que ahora incluía tanto la calidez de sus nuevas amistades humanas como la presencia extraordinaria de Damien en su vida diaria.

Capítulo 5: El encuentro peligroso

Vocabulario

el callejón	—	переулок
atacar	—	нападать
la fuerza	—	сила
proteger	—	защищать
el ladrón	—	грабитель
herido/a	—	раненый
agradecer	—	благодарить
el peligro	—	опасность
inexplicable	—	необъяснимый
la velocidad	—	скорость
romper	—	ломать
el asombro	—	изумление
defenderse	—	защищаться
confiar	—	доверять
el latido	—	биение сердца

Una semana después del festival de otoño, Amber salió más tarde de lo habitual de la biblioteca universitaria. Había estado terminando un trabajo importante para su clase de literatura, un análisis extenso sobre el simbolismo en la novela que estaban estudiando, y sin darse cuenta, había perdido la noción del

tiempo entre libros, notas y borradores. Cuando finalmente salió del edificio, la noche ya había caído sobre Maplewood, y las calles estaban prácticamente vacías, iluminadas apenas por las farolas antiguas que bordeaban la avenida principal.

Decidió tomar un atajo por un callejón estrecho que conectaba la calle principal con su barrio, un camino que Sarah le había recomendado evitar en más de una ocasión. Normalmente Amber seguía ese consejo al pie de la letra, pero esa noche estaba cansada, cargando una mochila pesada llena de libros, y solo quería llegar pronto a casa para poder descansar.

Caminó rápido, con los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo, tratando de ignorar el frío que comenzaba a sentir a través de su chaqueta. El callejón estaba prácticamente a oscuras, iluminado únicamente por una farola parpadeante al final del pasillo estrecho, y el eco de sus propios pasos resonaba de manera inquietante entre las paredes de ladrillo.

De repente, dos hombres aparecieron frente a ella, saliendo de entre las sombras y bloqueándole el paso por completo. Uno de ellos era alto y corpulento, con una cicatriz visible en la mejilla que se extendía hasta cerca de su oreja. El otro era más bajo, pero tenía una mirada aún más amenazante, fría y calculadora, como si aquella situación fuera algo que había repetido muchas veces antes.

—Vaya, vaya —dijo el hombre alto, sonriendo de una manera que hizo que Amber sintiera un escalofrío inmediato—. Mira lo que tenemos aquí. Una chica sola, de noche, cargando algo que

parece bastante pesado.

—Por favor, déjenme pasar —dijo Amber, intentando mantener la calma, aunque su voz ya comenzaba a temblar ligeramente.

—No tan rápido —respondió el otro hombre, acercándose con pasos lentos y deliberados—. Danos tu bolso y tu teléfono, y no tendrás problemas. Es así de simple.

Amber sintió que el pánico la invadía por completo. Miró a su alrededor, buscando una salida, alguna calle lateral o alguna puerta abierta donde pudiera refugiarse, pero el callejón estaba completamente cerrado por ambos lados, sin ninguna posibilidad de escape. Los dos hombres se acercaron más, y ella retrocedió instintivamente, chocando contra la pared fría de ladrillo detrás de ella.

—No tengo nada de valor, en serio —dijo ella, con voz temblorosa, sosteniendo su mochila contra el pecho como si eso pudiera protegerla de alguna manera.

—Eso lo decidimos nosotros, preciosa.

El hombre alto extendió la mano para agarrarla del brazo, y Amber cerró los ojos instintivamente, esperando lo peor, sintiendo que las lágrimas comenzaban a formarse involuntariamente. Pero justo en ese momento, una figura apareció detrás de ellos, moviéndose con una velocidad que Amber jamás había visto en un ser humano, tan rápida que apenas pudo percibir el movimiento antes de que sucediera.

Era Damien. Con un solo movimiento, apartó al hombre alto,

lanzándolo contra la pared opuesta del callejón con una fuerza sorprendente que hizo que el hombre cayera al suelo, aturdido y sin poder reaccionar durante varios segundos.

—¡Corre, Amber! —gritó Damien, colocándose entre ella y los dos atacantes.

Pero Amber estaba paralizada por el asombro, incapaz de moverse, observando la escena con los ojos completamente abiertos. El segundo hombre intentó atacar a Damien con un cuchillo que sacó rápidamente de su chaqueta, pero él lo esquivó con una facilidad asombrosa, como si conociera cada movimiento antes de que sucediera, anticipándose a cada ataque con una precisión casi sobrenatural.

En cuestión de segundos, ambos hombres estaban en el suelo, gimiendo de dolor, incapaces de levantarse, mientras Damien permanecía de pie, respirando con calma, como si aquel encuentro no hubiera representado ningún esfuerzo real para él.

Damien se acercó a Amber, que todavía temblaba contra la pared, con las piernas casi sin fuerzas.

—¿Estás bien? ¿Te lastimaron?

—Yo... creo que sí, estoy bien —respondió ella, con la voz entrecortada, sintiendo que su corazón todavía latía desbocado—. Pero, ¿cómo hiciste eso? Los venciste tú solo, en segundos, sin ningún esfuerzo aparente.

—No es momento para explicaciones. Necesitas salir de aquí.

Damien la tomó suavemente del brazo y la guió fuera del callejón, lejos de los dos hombres heridos que todavía yacían

en el suelo. Caminaron en silencio durante varios minutos, atravesando calles laterales hasta llegar finalmente a la calle principal, iluminada por las farolas familiares que Amber reconocía de sus paseos habituales.

—Gracias —dijo Amber finalmente, todavía procesando lo que había sucedido, sintiendo que sus manos aún temblaban ligeramente—. Me salvaste la vida.

—No fue nada.

—¿Cómo puedes decir que no fue nada? Vencer a dos hombres armados tú solo no es algo normal, Damien. Nada de lo que hiciste esta noche es normal.

Damien la miró fijamente, con una expresión que mezclaba preocupación y algo más profundo, algo que Amber no supo identificar completamente, pero que reconoció como una especie de vulnerabilidad oculta bajo su apariencia calmada.

—Hay muchas cosas sobre mí que no son normales, Amber.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Todavía no estás lista para saberlo. Pero te prometo que, cuando llegue el momento adecuado, te lo contaré todo, sin ocultarte nada.

Amber quiso insistir, sintiendo que la curiosidad la consumía por completo, pero algo en la mirada de Damien le indicó que no obtendría más respuestas esa noche, que insistir demasiado solo lo alejaría en lugar de acercarlo a ella. Decidió confiar en él, al menos por el momento, sintiendo que aquella decisión, aunque arriesgada, era la correcta.

—De acuerdo. Confiaré en ti, Damien.

—Gracias por eso, Amber. Significa más de lo que puedas imaginar.

La acompañó hasta la puerta de su edificio, asegurándose de que entrara sana y salva, esperando pacientemente hasta escuchar el sonido de la cerradura desde el interior. Antes de despedirse, Amber se atrevió a hacer una última pregunta, asomándose por la puerta entreabierta.

—Damien, ¿por qué siempre apareces cuando estoy en peligro? Es la segunda vez en pocas semanas que me salvas de algo.

—Porque te observo, Amber. Desde que llegaste a este pueblo, algo en ti llamó mi atención de una manera que no puedo explicar completamente con palabras. No sé cómo describirlo, pero siento que debo protegerte, sin importar las consecuencias.

Aquellas palabras hicieron que el corazón de Amber latiera con fuerza, una mezcla de miedo y de algo parecido a la esperanza, algo cálido que se extendía por todo su pecho a pesar del frío de la noche. Sin decir nada más, entró en su apartamento, cerrando la puerta detrás de ella. Se apoyó contra la pared, respirando profundamente, tratando de calmar los latidos acelerados de su corazón mientras procesaba todo lo que había sucedido en las últimas horas.

Esa noche, mientras se preparaba para dormir, no pudo dejar de pensar en las palabras de Damien. Había algo en él que la atraía irremediablemente, algo peligroso y fascinante al mismo

tiempo, una combinación que debería haberla alejado, pero que en cambio la acercaba cada vez más. Sabía que debía tener cuidado, que las advertencias de Sarah probablemente tenían fundamento, pero una parte de ella ya no quería alejarse de aquel hombre misterioso que parecía capaz de aparecer justo cuando ella más lo necesitaba, como si sus destinos estuvieran, de alguna manera inexplicable, entrelazados desde el principio.

Capítulo 6: Preguntas sin respuesta

Vocabulario

investigar	—	расследовать
la biblioteca	—	библиотека
el archivo	—	архив
el periódico	—	газета
antiguo/a	—	старинный
descubrir	—	обнаруживать
la leyenda	—	легенда
ocultar	—	скрывать
el secreto	—	секрет
convencer	—	убеждать
la pista	—	след, зацепка
dudar	—	сомневаться
el testimonio	—	свидетельство
inquietante	—	тревожный
profundizar	—	углубляться

Después de aquella noche en el callejón, Amber no podía dejar de pensar en Damien y en las palabras que él le había dicho. “Hay muchas cosas sobre mí que no son normales.” Aquella frase resonaba en su cabeza constantemente, alimentando su curiosidad y su necesidad de encontrar respuestas concretas, más

allá de las leyendas vagas que había escuchado hasta entonces.

Decidió que la mejor manera de descubrir la verdad era investigar por su cuenta, de manera sistemática. Al día siguiente, después de clase, se dirigió a la biblioteca municipal de Maplewood, un edificio antiguo con estanterías altas y un olor característico a papel viejo, muy diferente de la biblioteca moderna del campus universitario. Allí, en la sección de archivos históricos, esperaba encontrar información sobre la familia Blackwood que fuera más allá de simples rumores y comentarios de pasillo.

La bibliotecaria, una mujer mayor de cabello gris llamada señora Hutchins, la recibió con amabilidad, ajustando sus gafas mientras levantaba la vista de su escritorio lleno de papeles.

—Buenas tardes, querida. ¿En qué puedo ayudarte?

—Buenas tardes. Estoy buscando información sobre la familia Blackwood, la que vive en la mansión cerca del campus.

La señora Hutchins levantó las cejas, sorprendida por la pregunta, y por un momento pareció dudar antes de responder.

—Vaya, hace tiempo que nadie preguntaba por esa familia. ¿Puedo saber para qué necesitas esa información?

—Es para un proyecto de la universidad, sobre la historia del pueblo —mintió Amber, sin sentirse del todo cómoda con la mentira, pero sin saber cómo explicar su verdadero interés sin sonar completamente extraña.

—Entiendo. Sígueme, tengo algunos archivos antiguos que podrían interesarte, aunque te advierto que no están muy

organizados.

La bibliotecaria la guió hasta una sala pequeña en el sótano del edificio, llena de cajas con documentos antiguos y periódicos amarillentos, apilados en estanterías metálicas que crujían ligeramente cuando alguien las tocaba. Después de buscar durante varios minutos, revisando etiquetas escritas a mano, encontró una carpeta con el nombre “Blackwood” escrito en la portada, ya desteñido por el paso del tiempo.

—Aquí tienes. Son recortes de periódico de los últimos cien años, más o menos. Tómate tu tiempo, y avísame si necesitas algo más.

Amber agradeció a la señora Hutchins y comenzó a revisar los documentos con cuidado, sentada en una mesa pequeña bajo una lámpara que apenas iluminaba lo suficiente. Los primeros artículos hablaban sobre la construcción de la mansión, a principios del siglo veinte, por un hombre llamado Nathaniel Blackwood, descrito como un empresario rico y reservado que había llegado al pueblo con una fortuna considerable, sin que nadie supiera exactamente de dónde provenía.

Sin embargo, a medida que avanzaba en las fechas, revisando artículo tras artículo, los textos se volvían cada vez más extraños. Uno de ellos, fechado en mil novecientos treinta, hablaba sobre una serie de muertes misteriosas en el pueblo, todas relacionadas de alguna manera con personas que habían tenido contacto con la familia Blackwood, aunque el artículo no ofrecía ninguna conclusión definitiva sobre las causas.

Otro artículo, de mil novecientos setenta, mencionaba que Nathaniel Blackwood seguía viviendo en la mansión, sin explicar cómo era posible que un hombre siguiera vivo después de tantos años, considerando que, según los cálculos más básicos, ya debería haber superado los cien años de edad.

Amber sintió un escalofrío al leer aquellas líneas. Continuó buscando, cada vez más absorta en la investigación, y encontró una fotografía en blanco y negro, borrosa pero clara lo suficiente para reconocer un rostro entre las sombras de la imagen. Era Damien. Vestido con ropa de la época, de pie frente a la mansión, con la misma expresión seria y distante que ella había visto en él durante sus encuentros recientes.

La fecha de la fotografía decía mil novecientos veinticinco.

—Esto no puede ser posible —susurró Amber para sí misma, sintiendo que las manos comenzaban a temblarle ligeramente mientras sostenía la fotografía cerca de la lámpara para verla mejor.

Si aquella fotografía era real, y no una simple coincidencia de parecido familiar, significaba que Damien tenía, al menos, cien años más de los que aparentaba. Amber sintió que su corazón se aceleraba, mezclando el miedo con una fascinación imposible de ignorar. Revisó más documentos, buscando alguna explicación lógica, alguna nota que aclarara la situación, pero cuanto más leía, más se convencía de que había algo profundamente extraño en aquella familia, algo que iba mucho más allá de cualquier explicación racional convencional.

Decidió llevarse algunas fotocopias de los artículos más importantes, incluyendo la fotografía de Damien, pidiendo permiso previamente a la señora Hutchins, quien accedió sin hacer demasiadas preguntas adicionales. Antes de salir de la biblioteca, se despidió de la bibliotecaria, quien la miró con una expresión preocupada, casi maternal.

—Ten cuidado con lo que investigas, querida. Algunas cosas es mejor dejarlas en el pasado.

—¿Por qué dice eso?

—Digamos que hay historias en este pueblo que la gente prefiere no recordar. Nada más, pero tenlo en cuenta.

Amber salió de la biblioteca con más preguntas que respuestas, sintiendo que había descubierto solo la punta de un misterio mucho más grande de lo que había imaginado inicialmente. Caminó hacia su apartamento, pensando en cómo enfrentar a Damien con lo que había encontrado, revisando mentalmente las palabras exactas que utilizaría para no sonar acusatoria ni completamente perdida en teorías descabelladas.

Sabía que Damien le había prometido contarle la verdad algún día, cuando llegara el momento adecuado, pero después de ver aquella fotografía, sentía que ya no podía esperar más tiempo sin obtener respuestas concretas. La incertidumbre se había vuelto insoportable, y cada minuto que pasaba sin saber la verdad completa se sentía como una tortura silenciosa.

Esa noche, decidió armarse de valor y visitar la mansión Blackwood directamente, algo que nunca había hecho antes

por iniciativa propia. Caminó hasta la verja de hierro, con las fotocopias cuidadosamente guardadas en su bolso, y llamó al timbre antiguo que colgaba junto a la puerta, escuchando su sonido metálico resonar en el silencio de la noche.

Escuchó pasos lentos acercándose desde el interior, y finalmente la puerta se abrió, revelando a Damien, vestido con una camisa oscura, su expresión tan serena como siempre, aunque Amber creyó notar un destello de sorpresa en sus ojos al verla allí, a esas horas.

—Amber, no esperaba verte aquí esta noche.

—Necesito hablar contigo, Damien. Encontré algo en la biblioteca que necesito que me expliques.

Damien observó las fotocopias en las manos de Amber, y su expresión cambió ligeramente, volviéndose más seria, casi resignada, como si hubiera estado esperando aquel momento desde hacía tiempo.

—Será mejor que entres.

Amber cruzó el umbral de la mansión Blackwood por primera vez, sintiendo que su corazón latía con una mezcla de miedo y determinación, sin saber que estaba a punto de descubrir una verdad que cambiaría su vida para siempre, de una manera que ni siquiera sus investigaciones más exhaustivas habrían podido prepararla completamente.

Capítulo 7: Dentro de la mansión

Vocabulario

el vestíbulo — вестибюль, прихожая

la chimenea — камин

el retrato — портрет

polvoriento/a — пыльный

la escalera — лестница

el candelabro — канделябр, подсвечник

revelar — раскрывать

esquivar — уклоняться

la verdad — правда

la mirada — взгляд

el salón — гостиная

impresionante — впечатляющий

el susurro — шёпот

aclarar — прояснять

la inquietud — тревога, беспокойство

El interior de la mansión Blackwood era tan impresionante como misterioso. Amber entró en un vestíbulo enorme, con techos altos que se perdían casi en la oscuridad y una escalera de mármol que se dividía en dos direcciones simétricas, ascendiendo hacia los pisos superiores de la casa. Las paredes

estaban decoradas con retratos antiguos de personas vestidas con ropa de otras épocas, cada uno enmarcado en madera oscura tallada con detalles elaborados, y un candelabro de cristal colgaba del techo, cubierto de una fina capa de polvo que brillaba tenuemente bajo la escasa luz.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.